



Linea Prima.

Chiodo.

Linea Seconda.

Linea Prima.

Facciata d'Innanzi.

LA PRÀCTICA ÉS UNA APLICACIÓ CONTÍNUA i repetida de l'ús en l'execució de projectes proposats, realitzada amb les mans sobre la matèria i corresponent a allò que es vol formar. En canvi, la teoria és allò que, d'acord amb les lleis de la proporció i del raonament, pot explicar i demostrar la perfecció de les obres executades.

Per tant, els arquitectes que, mancats de teoria i no disposant sinó de la pràctica, s'han dedicat a la construcció, no han pogut aconseguir de forjar-se cap crèdit amb les seves obres, com tampoc no han aconseguit res més que una ombra, i no pas la realitat, aquells qui només recolzaven en la teoria.

VITRUVI
Els deu llibres d'arquitectura
Llibre 1r. Capítol 1r.

JO ANOMENARIA ARQUITECTE AQUELL QUI, amb un raciocini segur i meravellós, i amb un ordre tant mental com imaginatiu, sabés projectar; ho diria d'aquell qui, amb la seva obra, fos capaç de resoldre tot allò que, per mitjà del càlcul de pesos, combinacions i distribució de masses, es pot adaptar amb tota dignitat, perfectament, a l'ús dels homes.

LEON BATTISTA ALBERTI
De Re Aedificatoria

Me ha pedido la revista QUADERNS que escriba sobre el oficio de arquitecto. Parece deducirse de ello la intención de poner el acento sobre esos aspectos del quehacer profesional más ligados a los conocimientos prácticos y medios instrumentales, próximos a las artes mecánicas.

Tiene la palabra oficio una resonancia antigua y noble, que evoca una larga tradición de servicio; tradición que viene desde tiempos remotos y cuyo caudal está constituido por un compendio operativo de conocimientos y experiencias que, en continuo contraste con el uso, se viene transmitiendo de generación en generación; y aquí, como en toda tradición y en todos los campos del quehacer humano, aparecen las dos fuentes de tradición: culta y popular; intelectual y artesana, cuyas corrientes se comunican por medio de continuos trasvases e influencias.

Asociamos los conceptos tradición-oficio, y al referirnos al caudal que se transmite, nos interesa precisar su carácter renovado, selectivo y fluyente, en contraposición a un pasivo depósito formado por simple acumulación. Tiene entonces el concepto tradición su verdadero sentido renovado y creador. Dice Salinas: «Nada distingue más noblemente al proceso de tradición que su calidad selectiva que le es propia y constitucional».

Es en esencia la tradición un caudal de espíritu, capaz de nutrir e impulsar la acción creadora en todos los ámbitos del hacer humano; un motor, como las aguas de un caudaloso fluir. Vivir en profundidad es vivir sobre la tradición, y la comunicación con el pasado que toda tradición profesional implica, ensancha y enriquece el horizonte personal, trascendiendo de nuestra limitada temporalidad. Decía hace tiempo, y es ésta una sensación que va en aumento, que a medida que pasan los años, la referencia temporal tenía para mí cada vez menor valor. Lo que no significa vivir en el pasado, sino más bien, por el contrario, como un sentimiento de liberación de la prisión del tiempo.

Sueltos y libres, en la medida en que lo dominemos, el oficio, como el lenguaje, es una de las formas en que se concreta la tradición, tanto en su versión culta como popular. Es también instrumento de creación por excelencia y base de toda auténtica acción profesional.

Por supuesto, ni la tradición, ni la posesión de un oficio, son suficientes por sí mismas para la creación, que siempre requiere el acto creador individual; hecho misterioso cuyo origen está frecuentemente más allá de la razón, en el mundo de la intuición y el sentimiento.

Tiene la profesión de arquitecto una dimensión amplia, que linda en un extremo con la especulación filosófica y en el opuesto con el ejercicio mecánico y manual; sin embargo, tan extenso campo constituye una unidad total, imposible de separar y dividir por estratos. No tiene por ello sentido la alternativa profesión-oficio, entendida la primera en un sentido elevado y culto, en contraposición al carácter práctico y artesanal del segundo. No existe una jerarquía del saber que descienda desde niveles intelectuales y nobles hacia conocimientos empíricos: es un saber único, igualmente noble y sólo será verdadero arquitecto quien posea una formación en la que ambos saberes se fundan en forma equilibrada y armoniosa.

Sin embargo, el hecho de que tanto la enseñanza de la arquitectura, como la práctica profesional hayan descuidado los aspectos más próximos a lo que entendemos por oficio, hace necesario poner atención en ellos y destacarlos en toda su fundamental importancia, restaurando un componente tan insustituible del saber profesional; y nos interesa hacerlo, no como una simple adición, para completar una parte de lo que está incompleto, sino como algo que debe informar todo el saber de arriba a abajo y de abajo a arriba, es decir, como algo que impregna y da sentido a todo conocimiento y especulación, y que ha de estar en ella desde su mismo origen. Porque el oficio no es una simple acumulación operativa de conocimientos y experiencias; comporta también una específica formación, de la que se origina una cierta disposición mental y espiritual; significa habitar y compartir un mundo de ideas y sentimientos, de reflejos y actitudes, que debe informar y dar sentido a nuestra actividad en todos los niveles. Por su función, el arquitecto no puede ser un especulador teórico, ni un artista fuera del plano de la realidad y del servicio.

El descuido o menosprecio del oficio de la enseñanza y el ejercicio de la profesión, así como otras aberraciones mayores, tiene claramente su origen en la revolución industrial y tecnológica que tan grandemente alteró las formas de trabajo, que progresivamente fueron desplazando y sustituyendo la producción artesanal por la producción en serie. Una de las consecuencias de este hecho, en sus raíces profundas, fue la aparición del movimiento moderno, con su utopía maquinista y ruptura con la tradición, que es tanto como decir ruptura con la historia. Se produjo así, tanto por causas objetivas, como por influencia doctrinal y filosófica, un vacío del cual la arquitectura se resiente gravemente.

Afirmada la unidad del saber profesional y la existencia de ese mundo compartido de ideas y sentimientos que define una comunidad profesional como la nuestra, nos falta hacer una tercera afirmación que, en cierta medida, pudiera parecer contradictoria, y que definiremos como el saber liberal, enunciado así por Vitruvio: «Como todas las ciencias se unen y comunican parte de su contenido, no es imposible saber de todas, porque la educación liberal forma un cuerpo de estudios único en el que cada parte del saber se comunica con las demás...» Esta formación liberal, clave del saber humanista, es uno de los rasgos más nobles de nuestra larga tradición.

Hoy parece hacerse cada vez más inasequible. El hecho arquitectónico, siendo esencialmente siempre el mismo, se hace cada vez más complejo, en la medida en que avanzan y se diversifican las tecnologías que en él inciden. La extensión y diversidad de las ciencias se ha hecho amplísima e inabarcable en toda su profundidad por una sola persona —ya lo eran en tiempo de Vitruvio— pero no podemos por ello renunciar al saber liberal y humanístico, difícil síntesis de las artes y las ciencias. Por eso interesa más al arquitecto, creo yo, la visión amplia y comunicada de las ciencias según el saber liberal, que una profundización en conocimientos parciales de especialista.

Decíamos hace unos años: «Hoy el arquitecto se encuentra en una situación difícil; desbordado y superado por el ritmo del avance tecnológico y atento a una tecnología que le es imposible dominar aún a nivel de generalista, está olvidando o no llega a aprender los antiguos conocimientos del oficio, su propio caudal profesional, rico de arte y experiencia, que podría ponerle al menos a cubierto de errores garrafales». Numerosos ejemplos demuestran que cuando se posee una básica formación de arquitecto, se desarrolla como una especie de instinto que permite asimilar e incorporar lo esencial de esos nuevos conocimientos, dándoles empleo adecuado.

La larga y confusa crisis que estamos atravesando, ha tenido infinidad de manifestaciones, muchas de las cuales ya

han pasado y han sido olvidadas, y hoy, transcurridos unos años, nos parecen cosas viejas. Algunas tan radicales como poner en duda la propia necesidad del arquitecto en la sociedad futura. Con un razonamiento excesivamente simplista se argumentaba que los grandes procesos de producción en serie y una sociedad que tendía hacia la igualación y desaparición de las clases harían innecesaria la figura del arquitecto, sustituido, como ocurre en la fabricación de automóviles por unos equipos de diseñadores de los prototipos que encabezan las grandes series. Sin embargo, no parece ser ésta la evolución a la que tienden los países industrialmente más avanzados.

La argumentación encierra una enorme falacia y yo la invertiría en sentido contrario: en la medida en que el mundo que nos rodea se hace cada vez más artificial, su calidad estética adquiere mayor importancia. Sería un absurdo y una cruel ironía que, paralelamente al aumento de riqueza y extensión de la cultura, se produjera un mayor desinterés por aspectos humanísticos y estéticos que son la esencia misma de la Arquitectura. Por ello, tengo la certeza de que el mundo urbanizado y tecnificado del futuro tendrá mayor necesidad que nunca de la Arquitectura y de los arquitectos.

Superados ya los sueños mesiánicos que hacían asumir al arquitecto el papel de reformador social, y reducidos a nuestra más modesta pero importantísima función, podemos los arquitectos, en línea del espíritu humanista, contribuir de forma muy calificada a una nueva visión y empleo de la riqueza de posibilidades que la tecnología en avance continuo nos ofrece, y a una más elevada y sabia valoración de sus efectos. Enseñar con nuestra arquitectura a renunciar a pesadas y artificiales servidumbres, y a comprender cuánto más limitado es de lo que se piensa el ámbito de lo necesario, y cuánto más amplio por ende el de la libertad humana. Ser mensajeros, en suma, de una mayor austeridad y de un trato más delicado con la naturaleza.

JULIO CANO LASSO